

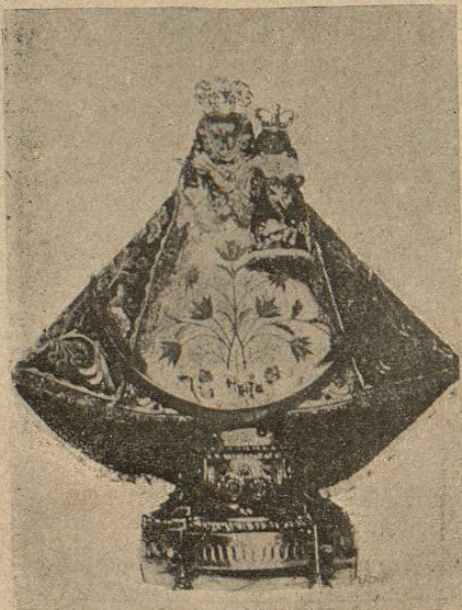
tes de la batalla de las Cruces, encontró á los independientes en San Jerónimo de Aculeo, en donde los derrotó completamente el día 7 del mismo, quitándoles toda su artillería y municiones.

La noticia de este triunfo fué celebrada en México con repiques á todo vuelo y misas de acción de gracias en los principales templos.

Después de este descalabro, los jefes independientes toma-

ron distinto rumbo. Allende y Aldama se dirigieron á Guanajuato é Hidalgo á Valladolid. Pero este fracaso no significaba nada, pues ya la idea se había difundido por todo el país, y por todas partes aparecían caudillos que, con más ó menos elementos, se adherían á la noble causa de nuestra independencia.

*Don José Antonio Torres*, hombre de campo y administrador de una ha-



La Virgen «gachupina.»

cienda importante, se había lanzado á la revolución desde los sucesos de Guanajuato. Con sus propios recursos, y sin causar perjuicio á nadie, organizó un cuerpo de tropas, con el que comenzó á combatir en el Sur de Nueva Galicia. El Obispo de Guadalajara, D. Juan Cruz Ruiz de Cabañas y las autoridades se alarmaron sobremanera, y más cuando tuvieron noticia de que el *Amo Torres* se acercaba á la ciudad.

Alistáronse al momento las tropas de la guarnición; mas como se vió que eran en número muy reducido para resistir el empuje de los insurgentes, se pensó reforzarlas, y no sin sorpresa de las autoridades se vieron organizar algunos batallones de jóvenes voluntarios de familias distinguidas, que se ofrecieron á salir á pelear con los insurgentes.

El presidente de la Audiencia, D. Roque Abarca, puso aquel ejército, en parte improvisado, al mando del teniente coronel D. Tomás Ignacio Villaseñor, y el domingo 4 de Noviembre se dió la batalla en las playas de Zacoalco. Los realistas comenzaron la lucha con bélico entusiasmo; pero al fin, no acostumbrados á esta clase de fatigas y peligros, muy pronto se difundió el terror entre aquellos cuerpos de jóvenes, los que se pusieron en fuga. Respecto á las tropas disciplinadas, no pudieron resistir por su escaso número, y como consecuencia sufrieron una completa derrota las tropas realistas.

El Obispo y los Oidores huyeron inmediatamente que tuvieron noticia de la derrota de los suyos, y la ciudad se consternó, porque esperaban por momentos verse ultrajados y destrozados como había sucedido en Guanajuato. Pero no fué así: el Sr. Torres entró en Guadalajara con el mayor orden y dió á sus habitantes toda clase de garantías. Semejante conducta aumentó la popularidad de la causa, y las familias comenzaron á ver con mejores ojos aquella lucha.

Inmediatamente que Torres tomó á Guadalajara, escribió á Hidalgo y á Allende dándoles cuenta del resultado de su obra, é invitándoles á pasar á dicha ciudad.

Hidalgo accedió desde luego al llamamiento de Torres, mientras que Allende resolvió hacerse fuerte en Guanajuato y esperar el ataque de Calleja, que se aproximaba á ella.

Un acontecimiento en extremo desagradable vino á arrojar un borrón en la conducta del caudillo de la independencia, D. Miguel Hidalgo: antes de salir de Valladolid ordenó que fueran asesinados 41 españoles indefensos en la ba-

rranca de la Beata la noche del día 13 de Noviembre; y el día 18 se cometió crimen igual con otros 18 en el cerro del Molcajete. Mucho pierde su brillo una causa cuando se cometen actos como los referidos.

El día 26 hizo Hidalgo su entrada triunfal en Guadalajara, donde fué recibido con toda pompa por el clero. Se dijo una misa de acción de gracias en la Catedral, y al caudillo se le colocó bajo un dosel.

En esta ciudad dió principio Hidalgo á organizar un gobierno formal; estableció dos Ministerios, y el 6 de Diciembre mandó publicar un decreto aboliendo la esclavitud en todo el país. Envió á D. Pascasio Ruiz de Letona á los Estados Unidos con el fin de agenciar elementos de guerra, y comenzó á disciplinar las tropas.

Entretanto, Allende acaparaba con la mayor actividad todos los medios de defensa. Preparó algunas trincheras por el lugar por donde debía atacar Calleja; pero como este jefe realista estaba en comunicaciones secretas con el alférez D. Fernando Pérez Mañón, éste le informaba de todo, por lo que tuvo buen cuidado de tomar otro paso que no fuese el preparado con las trincheras.

El día 25 de Noviembre se avistaron los realistas, y el jefe español, el Conde de la Cadena, dió un asalto á las fortificaciones, las que después de un reñido combate fueron tomadas por él. Esto obligó á Allende á salir de la ciudad, lo que efectuó en la tarde del mismo día.

La plebe, indignada, forzó las puertas de la alhóndiga y dió muerte de la manera más injusta é infame á 139 españoles, precisamente en los momentos en que los realistas hacían su entrada después de la salida de los independentes.

Calleja vió con horror aquel atentado y se indignó sobremanera; otro día se propuso tomar venganza de la manera más cruel é injusta: mandó tocar á degüello, y á cuantos encontraba en la calle se les aplicaba la pena de muerte al filo de los machetes de los soldados. Tal proceder puso en

consternación la ciudad, y á no ser por Fr. José María de Belaunzarán, que enérgicamente increpó á Calleja por aquella infame matanza, habrían sido más terribles los estragos causados por la crueldad del jefe español.

Desde aquí vamos á presenciar una serie de actos inhumanos emanados del carácter sanguinario del jefe español Calleja, actos de crueldad que le hicieron notable y por los que más tarde mereció la confianza del rey de España, Fernando VII, quien lo elevó al rango de virrey en recompensa de sus servicios.

Muchos inocentes que sólo salían á ver la entrada de las tropas sucumbieron al filo de los machetes, víctimas de aquella terrible orden, sin que con esto terminara la efusión de sangre. Calleja tenía sed de venganza y hubiera querido tener en un puño á todos los defensores de la causa insurgente para arrancarles la vida de un solo golpe.

Poco después fueron diezmados 200 hombres, y al día siguiente se repitió aquella escena de sangre con los 180 sobrantes.

Á todos aquellos que de alguna manera habían tomado parte en la independencia, muchos de ellos obligados por la fuerza, fueron fusilados; entre éstos se cuentan: á don Francisco Gómez, que fué nombrado intendente por Hidalgo; á D. Rafael Dávalos, director de la fundición de cañones; á D. José Ordóñez, á D. Mariano Ricochea y á otras personas caracterizadas.

Poco después fué fusilado D. Casimiro Chovel, notable matemático, y todos aquellos que eran acusados de haber pertenecido á los insurgentes. Tan reprobable conducta no pudo menos que hacer de Calleja la figura más repugnante entre los defensores del trono español en México, sin quedar atrás su inmediato, el Sr. Flon.

Don Rafael Iriarte, hombre de muy malos antecedentes, había abrazado la causa de la independencia, logrando apoderarse de la ciudad de Zacatecas, por lo que Allende se de-

terminó á dirigirse á este punto; pero llamado por Hidalgo, tuvo que contramarchar, rumbo á Guadalajara, adonde llegó el 12 de Diciembre.

En esta ciudad volvió á manchar sus manos el Sr. Hidalgo autorizando la degollación de unos 200 españoles que tenían presos, los cuales fueron sacados fuera de la ciudad en diversas partidas de 20 á 30. Tales actos venían á rebajar mucho el mérito del caudillo, pues parece que de esta manera se proponía imitar al sanguinario Calleja. El torero Marroquín era el instrumento de estos horrores.

Después de haber vuelto á caer en poder del Gobierno virreinal las ciudades de Guanajuato y Valladolid, ya no pensó el Virrey en otra cosa que en aniquilar la revolución, por lo que se propuso reunir todos sus elementos para dirigir un ataque general á Guadalajara y capturar al jefe de ella. Con tal motivo ordenó á Calleja que con el ejército del Centro, á Cardero con el del Norte, y al brigadier don José de la Cruz con 20.000 hombres, reconcentraran sus fuerzas, y reunidos bajo las órdenes del primero, dirigieran sus operaciones de guerra sobre Guadalajara.

Los independientes, por su parte, reunidos en junta de guerra, deliberaban sobre la manera de realizar la defensa: Hidalgo proponía que saliesen á encontrar al enemigo al puente Grande, y Allende se oponía por temor al desconcierto de las masas indisciplinadas; pero al fin tuvo mayoría la opinión del Sr. Hidalgo, y el día 14 de Enero salieron las tropas al mediodía, habiendo hecho dos para llegar al puente de Calderón, no obstante distar solo 12 leguas al Este de la ciudad.

Calleja no esperó la incorporación de las demás tropas, como lo había ordenado el virrey Venegas, pues deseaba á todo trance ser él únicamente el héroe de aquella jornada; á Cardero se le desertaron la mayor parte de sus soldados, mientras que Cruz fué detenido cerca de Zamora por el insurgente Ruperto Mier, quien con 2.000 hombres de los que

sólo 80 tenían fusiles, le interceptó el paso presentándole formal batalla. Esto hizo demorar á los jefes realistas, por lo que Calleja no quiso esperar más.

Las huestes independientes que se situaron en el puente de Calderón ascendían á 30.000 hombres, la mayor parte indisciplinados y muy mal armados, puesto que casi todos llevaban palos, hondas, lanzas y sables, y aunque disponían de 95 cañones, muchos de éstos eran de fierro y otros de madera reforzados con cinchos de metal; mientras que Calleja se presentaba con un ejército de 7.000 hombres bien disciplinados y perfectamente armados, con la ventaja también de llevar muy hábiles jefes subalternos.

El día 16 de Enero atacó Calleja el puente de Calderón. Sumamente reñida fué la lucha, peleándose con extraordinario valor por ambas partes. Hidalgo había situado un respetable número de cañones en la altura más elevada, y otro número menor en otras menos altas; de manera que por cualquier lado que atacaran los realistas tenían que ser destrozados, y por ello Calleja tuvo necesidad de combinar otro plan de ataque.

Llegada la noche, se suspendieron los fuegos y cada cual estuvo á la expectativa. El día 17 en la mañana dividió Calleja su ejército en dos columnas: una que puso al mando de Flon, su segundo, con orden de atacar al enemigo por la izquierda, mientras que él con la otra atacaba por la derecha, cayendo sobre los independientes simultáneamente.

Mientras se verificaba este asalto, un fuer'e destacamento de caballería realista, al mando de Emparán, avanzaba por la margen derecha del río para atacar al enemigo por la retaguardia, y el coronel Jalón se arrojaba sobre una batería colocada algo abajo por la misma margen.

Ya se comprenderá que todas estas combinaciones eran un amago terrible para los insurgentes.

El ataque fué tenaz, y la defensa digna de los hijos de México. Flon escaló la altura, y dando un ataque á la bayoneta

logró desalojar á los insurgentes de sus posiciones, obligándolos á replegarse al centro y quitándoles la artillería de los puntos perdidos. Calleja, entretanto, cargando sobre el enemigo por el otro flanco, hacía terribles estragos con su artillería, protegiendo de esta manera el ataque del Conde de la Cadena.

Éste, entusiasmado con sus primeros triunfos, quiso escalar la altura principal como lo había hecho antes, para desalojar por completo á los independientes; pero tropezando con el grueso de las tropas principales, sufrió tan terrible carga, que tuvo que retroceder en completo desorden, en tanto que el jefe realista Emparán también era rechazado y retrocedía para incorporarse á los suyos, bastante herido. Con esto comenzaron á desmoralizarse los soldados de Calleja y á manifestarse el triunfo de parte de Hidalgo. Pero el genio militar de aquél salvó la situación, pues ordenó violentamente á Jalón que protegiese la retirada de Flon, mientras por otra parte una compañía de granaderos auxiliaba á los rechazados realistas.

Entonces, viéndose Calleja en situación tan aflictiva, ordenó un ataque decisivo, en el que la artillería disparaba sobre los insurgentes á medio tiro de fusil, por lo que los destrozos eran incalculables; pero los insurgentes, por su parte, hacían prodigios de valor, y contestaban con un nutrido fuego de artillería y fusilería, sin escasear las piedras que lanzaban.

El triunfo estaba indeciso, y los realistas ya vacilaban nuevamente, cuando un accidente desgraciado en el campo de los insurgentes vino á decidir del triunfo: es el caso que de una manera casual cayó una bomba del campo realista en el parque, por lo que, incendiado éste, causó un violento estrago en los insurgentes; y no fué esto todo, sino que como el pasto en esta región es muy abundante y estaba seco, y por otra parte soplaba un viento muy fuerte, se incendió, y una densa nube de humo cubrió á los insurgen-

tes, haciendo imposible ya la defensa, pues las llamas les azotaban en la cara, y muchos perecieron asfixiados y otros quemados. Tal confusión les puso en completa derrota, la que no se debe á otra cosa más que á la desgracia, y no al valor y habilidad de los realistas; derrota que vino á prolongar por once años aquella lucha que habría terminado con el triunfo de los independientes en esta fecha memorable.

Al apercibirse los realistas del desconcierto que reinaba entre los insurgentes, cargaron sobre ellos, y el sanguinario Flon, ansioso de vengarse del descalabro que había sufrido en el ataque de la mañana, caminaba á la vanguardia en persecución de los vencidos, sembrando el campo de cadáveres. Detuviéronse los vencidos, protegidos por una columna que aún hacia fuego sobre los realistas, y descargando sobre el Conde sus armas cayó acribillado de balas, con lo que se suspendió aquella tenaz persecución. Su cadáver fué recogido al otro día, hecho pedazos.

Después del desastre de Calderón, partió el Sr. Hidalgo para Aguascalientes, en donde se le unió Iriarte; poco después fué alcanzado por Allende, Aldama y otros jefes, quienes le obligaron á renunciar el mando militar en favor de Allende, conservando sólo el político. Esto era lógico, por ser Allende un soldado práctico y hábil, toda vez que el descalabro del día 17 de Enero se debió en gran parte á la impericia del Sr. Hidalgo. Allende todavía la víspera insistía en que se dividiera el numeroso ejército en varias partidas para no arriesgar el éxito en la batalla de una sola jornada.

Llegaron los jefes independientes á Zacatecas, y de allí se dirigieron al Saltillo, en donde el caudillo D. Mariano Jiménez se encontraba fuerte y había logrado rechazar á los realistas que atacaron á esta ciudad. Así, unidas las fuerzas de ambos, podrían estar más seguros y reorganizar su ejército para continuar su operaciones militares.

Entretanto, Calleja entraba en Guadalajara, en donde los mismos que habían recibido con pompa á Hidalgo poco antes, le tributaron toda clase de honores deshaciéndose en protestas de fidelidad al Gobierno español. El Obispo y los Oidores volvían llenos de júbilo por el triunfo del brigadier, quien declaraba muy infatuado que la revolución había sido ya aniquilada y sólo restaba castigar á los sediciosos. Mas el jefe español se equivocaba, porque en el vasto territorio del país abundaban los corazones magnánimos que estaban resueltos á sacrificarse por la libertad de su patria.

En el Saltillo recibieron los jefes insurgentes, por conducto del general Cruz, una comunicación en que se les ofrecía el indulto; contestaron ellos al Virrey de la manera más digna y patriótica, diciéndole que «el indulto era para los criminales y no para los defensores de la patria».

## CAPÍTULO XV

El teniente coronel Elizondo.—Su traición.—Prisión de los jefes independientes, su proceso y muerte.—El licenciado D. Ignacio López Rayón.—Retirada de Zacatecas.—Junta de Zitácuaro.—Don José María Morelos.—Revolución y triunfos en el Sur.—Moneda de Morelos.—Toma y destrucción de Zitácuaro.—El cura Matamoros.—Morelos se retira á Cuautitlán.

En el Saltillo se les presentó el teniente coronel D. Ignacio Elizondo, que se había pasado de las tropas realistas á las filas insurgentes, pretendiendo de Allende un ascenso: quería Allende introducir el orden en el ejército, y no condescendió á ello, quedando Elizondo muy contrariado y con ansia de vengarse de aquel desaire.

Pocos días después se encontró con el obispo de Monterrey, D. Primo Feliciano Marín, que huía de los insurgentes, y confiándole su resentimiento, éste le indujo á volver á sus antiguas banderas, tramando entonces entre ambos el

proyecto infame de traicionar y apoderarse de los jefes independientes.

Caminaban éstos para Monclova, teniendo que atravesar por un desierto en donde casi no se encuentra agua, razón por la cual el ejército iba fraccionado, dando lugar á que se abasteciesen todos de aquel líquido, cuando fueron atacados, cayendo los principales jefes en una emboscada que les preparó Elizondo, el 21 de Marzo de 1811, en el lugar nombrado Acatita de Baján.

Allende se defendió valerosamente, pero tuvo que sucumbir ante el número; así lo hicieron también Hidalgo y los demás.

Remitió Elizondo todos los prisioneros á Monclova, y de allí se les envió á Chihuahua en machos, atados y aherrojados, custodiándoles una fuerte escolta, y en tal estrechez, que ni de noche soltaban sus cadenas.

En esta ciudad se les formó causa de infidencia, y fueron fusilados por la espalda, como traidores, Allende, Aldama, Jiménez y Santa María, el miércoles 26 de Junio de 1811.

La ejecución de Hidalgo se demoró hasta el día 30 de Julio, en virtud de que era indispensable, según el derecho civil y canónico, que fuese antes degradado de su carácter sacerdotal: á este efecto tuvo que venir un delegado del obispado de Durango á seguirle el proceso y practicar las ceremonias correspondientes á la degradación; para verificarla se le quitaron los grillos y se le revistió con su traje de eclesiástico; una vez ante sus jueces, se le puso de rodillas para que en esta postura recibiera la notificación en que se le hacía saber que quedaba degradado de su carácter sacerdotal. Acto continuo se le despojó de la sotana, se le volvieron á poner los grillos y se le entregó ya definitivamente al tribunal militar para que lo juzgase y sentenciase.

Después de esto volvió á su prisión, de donde pasó á un corral del mismo hospital que le servía de cárcel, y allí fué fusilado el martes 30 de Julio de 1811, á las nueve de la ma-